

DE CANTON MURCIANO.

Diario Oficial de la Federacion.

DOS CUARTOS CADA NUMERO.

EN TODA ESPAÑA.

PARTE OFICIAL

JUNTA SOBERANA DE SALVACION DE CARTAGENA.

Comisión de servicios públicos.

La ignorancia es, ha sido y será en duda alguna la rémora constante de todo progreso y de toda revolución; es el enemigo más terrible que pueden tener las sociedades, y la base y fundamento de todas las calamidades públicas; cuando los pueblos se encuentran en cierto grado de cultura é ilustración, es indudable que la fuerza dejará de ser como hasta ahora, la gran palanca ó motor de nuestros movimientos sociales.

Esta comisión, interpretando las aspiraciones revolucionarias del pueblo de Cartagena ha estimado conveniente establecer:

- 1.º La instrucción gratuita, obligatoria, elemental, con responsabilidad personal de los jefes de familia y colectividades encargados de la educación de la infancia.
- 2.º Instrucción facultativa, profesional é integral, también gratuita para todos los ciudadanos, sin distinción que lo reclamen.
- 3.º Se crearán cuando las circunstancias lo permitan, institutos gratuitos de todos grados para el mejor cumplimiento de este acuerdo.
- 4.º Queda terminantemente prohibida bajo la más estricta responsabilidad de los profesores y encargados de los colegios ó establecimientos de educación, la enseñanza en los mismos de ningún dogma, ni religión positiva, debiendo para la moral atenerse á los

principios de la ciencia y de los deberes sociales.

Reglamentos y órdenes posteriores fijarán las reglas que deberán observarse en el orden de los estudios, así como las materias que deben constituir los diferentes grados de instrucción.

Por la Comisión,
Antonio de la Calle.

PARTE NO OFICIAL

EL PORQUÉ DE LA INEFICACIA DE ALGUNAS REVOLUCIONES

Inglaterra hizo su revolución. El pueblo inglés apesar de su parlamento y de su protectorado, no pudo emanciparse del yugo de los lores.

La revolución inglesa no estuvo ni apoyada por el pueblo, ni santificada con la sangre de ese mismo pueblo.

La democracia no dio la batalla á la magestad real. La proclamación de la republica en Inglaterra no llegó a obedecer a una necesidad social. Fue pura y exclusivamente una rebelión más ó menos justificada de la aristocracia inglesa, contra el predominio avasallador y absorbente del poder feudal.

Las jornadas antimonárquicas de aquellos revolucionarios, apenas si se comentaron más allá del Támesis. Su influencia en los destinos políticos del mundo fue nula. Las palpitaciones de aquel hecho anormal y extraordinario, en nada pudo aliviar la suerte de las naciones oprimidas. Los reyes ni aun siquiera se inquietaron.

El 30 de Enero de 1649 no representa más que el sacrificio de una elevada personalidad. La misma cuchilla, el mismo lazo, consagrado á inmolar á la «plebe» vuélvese bruscamente contra la magestad real.

Cromwell, aun sin quererlo, aun sin desearlo, consintió y aun autorizó la decapitación de Carlos I. La muchedumbre de Londres, no supo darse cuenta de tan inexplicable decapitación. La civilización y el progreso

tampoco se la dieron. Sólo Tom Love reia siniestramente. El hecho inaudito de este miserable, escupiendo en el rostro de la desgraciada víctima, inmortalizó el cadalso y santificó el martirio.

La multitud andrajosa, ganó poco por no decir nada en aquel acontecimiento histórico. Su desnudez, su orfandad, su desheredamiento, continuó aun a pesar del cambio político operado en la Gran Bretaña. El derecho humano anterior y superior á todo derecho escrito, no entró para nada en aquel nuevo código republicano.

El pueblo inglés, poco acostumbrado á las sediciones militares, acogió con cierto temor y sobresalto aquel hecho imprevisto, ya que no contradictorio.

La decapitación de un rey, cuando no está inmediatamente seguida de la caída y derrumbamiento de todas las preocupaciones ó de todos los vicios que constituyen el modo de ser ó el carácter esencial de esa institución, no significa, no puede significar otra cosa que una rivalidad victoriosa y sangrienta entre dos poderes igualmente odiosos y funestos. De este profundo desconocimiento parte siempre el descrédito y la ruina de las revoluciones. La ignorancia pública acelera eficazmente este doloroso y lamentable eclipse.

Hay siempre y en todo periodo de preparación revolucionaria, una circunstancia que hiere profunda y mortalmente la existencia de los partidos populares, no bien éstos han llegado á triunfar de sus enemigos. Esta herida parte siempre de la sublimidad misma de esas bellísimas teorías, que tanto encantan y seducen el apasionado corazón de la multitud. La imposibilidad real y absoluta de llevar al terreno de la práctica algunas de estas encantadoras teorías hacen naufragar constantemente y en medio de un mar de dudas, la magestuosa nave de la revolución.

La instrucción democrática que se ha venido dando al pueblo español desde el 48 hasta la fecha, se resiente del escasisimo espíritu práctico que se nota. Esa misma educación viciosa

del pueblo francés, explica satisfactoriamente el fracaso de sus repetidas y gigantescas revoluciones. La sublimidad del cuadro de los derechos del hombre que tan admirablemente nos describe la constitución jacobina, corroboran hasta la evidencia la verdad de nuestro aserto.

La Constitución norteamericana, sin hallarse saturada de tantas idealidades como la francesa, consagra no obstante un culto inmenso á la santidad del derecho humano.

La severidad de la raza anglosajona, sus hábitos republicanos, la grandeza de su legislación civil, la vastísima instrucción que disfrutaban sus hijos, el espíritu práctico que revelan en todo lo que se relaciona con la cosa pública, la incorruptibilidad de sus hombres de Estado, la separación de los poderes civiles y religiosos, se oponen resuelta é inexorablemente á esas violentas y bruscas transiciones, que ora iluminan los dilatados horizontes de la libertad, ora reverberan sobre el genio incansable del progreso, las sombrías tintas del despotismo.

Otro fenómeno no menos digno de estudio se ofrece á nuestra vista. La ruina, el descrédito de la revolución inglesa hay que buscarlo en la falta de instrucción del pueblo inglés, especialmente de la generación en cuya época tuvo lugar este impotantísimo acontecimiento político.

La indiferencia que la generalidad de las masas populares mostraron durante todo aquel periodo, dan una idea acabada del escaso prestigio, de la poca vitalidad de instituciones, si levantadas sobre las ruinas de un trono caído, calcada en los mismos funestísimos errores que las de opuesto origen.

Las revoluciones para ser eficaces y utilísimas á los pueblos, necesitan ser profundamente radicales y prácticas. El abuso no debe quedar en pie. Los privilegios contra los que se sublevaron siempre los pueblos, deben ser barridos de la faz social. El monopolio hay que herirlo de muerte. La más pequeña tolerancia en este punto traerá la ruina de la libertad.

Además, toda revolución es un progreso, y éste debe reflejarse inmedia-

